

en los cadalsos? ¿Serian los intereses de la carne y de la sangre? Pero ¿qué atractivos podia hallar la naturaleza en una vida pobre y mortificada, y en una muerte cruel é ignominiosa? ¿A qué podremos pues atribuir los milagros de paciencia, de valor y de santidad que admiramos en los mártires? Oh Dios mio! Vuestra gracia solamente era la que los hacia inflexibles contra el error é invencibles en las persecuciones! Solamente vos podeis ganar el corazon del hombre por medio de los trabajos, llenarle de alegría en las alicciones y hacer que halle su mayor deleite en la mortificacion, sus riquezas en el desprecio de todos los bienes de la tierra, su gloria en los abatimientos, su libertad en las cadenas, su consuelo en los suplicios, y su salud en la muerte.

No os admireis pues, católicos, al oirme decir que san Lorenzo sirvió de prueba á la verdad de la religion; esta gloria, aunque le es comun con los demas mártires, se puede mirar como muy propia suya; su triunfo fué de los mas famosos que celebra la iglesia, y para ver la eficacia del testimonio que dió en favor de la religion cristiana, no habemos menester mas que representarnos las ansias con que deseó la muerte, y el género de muerte que sufrió.

Lo primero que se ofrece á nuestra vista en san Lorenzo, es el ansia con que deseó padecer. No os figureis á nuestro santo animado de aquel celo indiscreto de algunos cristianos poco instruidos, que buscando por sí mismos la persecucion, la atraían infelizmente sobre los demas hermanos, rindiéndose despues ellos mismos por flaqueza al peligro en que se empeñaran por temeridad. La antigua disciplina no permitia estos excesos, que si bien algunas veces eran laudables, las mas solian ser funestos. La iglesia, prudente siempre en sus reglas, no queria que sus hijos tuviesen la presuncion de presentarse á los perseguidores; mandábales solamente que tuviesen valor para resistir á sus amenazas, y aun negaba los honores del martirio á los que, por decirlo así, le habian deseado con ambicion (1). Si en algunas ocasiones colocó en el número de sus santos á los que por sí mismos se presentaron á los tiranos, no quiso que su ejemplo sirviese de regla; solamente intentó darnos á entender que así como en los unos sabia contener los movimientos humanos,

(1) *Conc. Illib. can. 60.*

sabia tambien respetar en los otros los extraordinarios impulsos del espíritu divino.

En san Lorenzo debeis admirar, católicos, un santo cuyo fervor fué igualmente generoso y arreglado. No tuvo la temeridad de querer obligar á los tiranos á que derramasen su sangre: pero tampoco tuvo la cobardía de usar de precauciones para libertarse de su furor. Vedle como fiel ministro del santo pontífice Sixto II, acompañándole al lugar del suplicio y publicando ser su diácono, en una ocasion en que ni aun cristiano podia llamarse sin exponerse al último peligro. Oíidle publicar las limosnas que repartia á los pobres, y como envidiando santamente la muerte de su obispo, se queja á él de que no le asocie á su martirio. «¿Por qué, exclama, abandonas á un hijo « que siempre te ha venerado como á padre? ¿Por qué ofreces « tú solo tu propio sacrificio, cuando ántes nunca ofrecias el « de Jesucristo sin que yo te acompañase? ¿Puedes temer que « yo sea un ejemplar de cobardía, cuando tú me estás dando un « ejemplo de tanta constancia? Haz la prueba de si el ministro « que elegiste para distribuir la sangre de Jesucristo tendrá va- « lor para derramar la suya. Para poder participar mas libre- « mente de la corona que á ti te está preparada, he repartido « entre los pobres todos los tesoros que habias confiado á mi « cuidado. No permitas pues que la muerte separe á un pontifi- « ce del levita con quien vivió tan íntimamente unido por su « ministerio, ni te prives de la gloria de vencer segunda vez al « tirano en la persona de tu discípulo. »

Estas generosas expresiones de nuestro santo no podian ménos de nacer de un celo ardiente por la gloria de Jesucristo y de una viva persuasion de la verdad de su Evangelio. Sé muy bien que hay cierto fervor indiscreto que se exhala en vanos deseos, y que solo sirve de hacernos vanagloriar de nuestras fuerzas y de ocultarnos nuestras propias flaquezas; porque muchas veces sucede que contra el precepto del Apóstol, queremos exceder la medida de nuestra virtud y los límites de nuestra vocacion. El espíritu engañador suele inspirarnos algunas veces una falsa emulacion y un engañoso deseo de aspirar á cosas que son superiores á nuestras fuerzas. Envidiamos á los santos sus heroicas acciones; nos quejamos en secreto de que solamente nos faltan las ocasiones que á ellos se les presentaron, y no las virtudes que ellos tuvieron. Esta suele ser una ilusion

muy frecuente en las personas que tratan de virtud, y por eso se desvanecen en proyectos quiméricos. Miden no las fuerzas que en la realidad tienen, sino las que juzgan tener: no reparan en las cosas pequeñas, porque están llenas de ambición por las grandes; y por tener la temeridad de aspirar al don que desean, tienen la desgracia de perder el que han recibido.

Pero los deseos que san Lorenzo manifestaba del martirio, estaban muy distantes de esta ilusión; sus ansias nacían de una caridad mas fuerte que la muerte; y así su mayor consuelo fué la esperanza que le dió san Sixto de su próximo martirio. « No te aflijas, hijo mio, le dice aquel santo pontífice, yo de ninguna manera te abandono; padezco solo, porque tu tengas tambien la gloria de triunfar solo; tu generoso corazón no necesita de mi ejemplo para permanecer constante en el suplicio que te espera. Si te se retarda la muerte algo mas que á mí, es porque te espera un suplicio mucho mas cruel, y por que el Señor reserva para el vigor de tu edad un combate que no se ha dignado conceder á la flaqueza de la mía. »

Ya llega el tiempo, católicos, de ver cumplida la profecía del santo prelado, y de que el sincero testimonio que Lorenzo acaba de dar en favor de la religion, sea mas público y famoso por su constancia en padecer la muerte mas cruel. Nuestro mismo santo pronunció contra sí el decreto, cuando publicó el uso que habia hecho de los bienes de la iglesia. Al oír sus expresiones, le manda el tirano que ponga en su poder los tesoros que estaban confiados á su ministerio. El santo levita obedece, y juntando todos los pobres entre quienes habia repartido los caudales, se los presenta al soberbio Valeriano, asegurándole ser aquellos los verdaderos tesoros de la iglesia. Pero al ver el cruel emperador frustradas sus injustas esperanzas, manda á nuestro santo que sacrifique á los ídolos, amenazándole, si no lo hace, de reunir en su persona todos los géneros de tormentos con que habian sido martirizados otros ilustres confesores.

¿Os representaré aquí, amados oyentes, el casto cuerpo de Lorenzo cruelmente azotado, despedazado con puntas de escorpiones, quemados sus costados con hachas encendidas, y descoyuntado en el ecúleo? Empero todo esto no es mas que preludio de un espectáculo en que por una parte se vió á cuánto llega la crueldad que el demonio puede inspirar á un tirano, y por otra la fortaleza que puede inspirar la gracia á un cristiano.

Para el invencible Lorenzo no basta padecer él solo en su cuerpo los varios géneros de suplicio que se habian ántes repartido en otros muchos santos mártires: sino que tambien debe padecer un martirio extraordinario y unos tormentos inauditos, para que de este modo queden satisfechas las ansias que tiene de padecer, y sea mas admirable su victoria.

Figuraos pues, católicos, á nuestro ilustre mártir tendido sobre unas parrillas, como sobre un lecho de dolor, y quemado á fuego lento como un cordero que ha de servir de pasto al perseguidor, y de víctima á Jesucristo. ¿Qué afectos debe excitar en nuestros corazones un espectáculo tan extraordinario! Cristianos delicados; vosotros que no teneis valor para desear los trabajos, ¡mirad á ese hombre tendido en esas parrillas; mirad esa carne ennegrecida y tostada! Mujeres mundanas, que poneis todo vuestro cuidado en adornar un cuerpo que ha de ser pasto de gusanos, y que acaso está manchado con los mas execrables delitos; y vosotros todos, amados oyentes, ¡mirad á ese gran santo y medid el rigor de su martirio por los excesos de vuestra delicadeza! Vosotros, ministros del santuario, que os hallais honrados con la alta dignidad de sacrificadores, ¡mirad á un levita sobre el altar de su caridad y de su religion, en donde él mismo es hostia de su sacrificio; ved lo superior que le hace á nosotros la fuerza de su amor, cuando nosotros somos tan superiores á él por la excelencia de nuestro carácter!

¿Pero cómo es posible que mis toscas expresiones puedan haceros comprender la naturaleza de su suplicio y los prodigios de su constancia? ¿Quién es capaz de concebir cuál sea la impresión de un fuego que penetra una carne abierta ya por muchas partes con el cuchillo? En otros mártires hay el consuelo de que ó los tormentos son mas cortos ó ménos crueles; pero ¡oh ingeniosa crueldad que has hallado el secreto de dar al martirio de Lorenzo un nuevo grado de violencia, que sin abreviar su duracion, aumenta su padecer! Cruel tirano! ¿por qué no le das la muerte ó le permites que viva? No te basta el haberle embriagado con su sangre, sino que quieres tambien saciarte con su carne? Y si todavía quieres gozar de ese bárbaro placer, ¿ha de ser necesario que esta carne inocente sea quemada viva para que de ese modo sea mas deliciosa á tu crueldad? Ángeles del cielo testigos de tan trágica escena, que con mano caritativa acudisteis al remedio de las primeras heridas;

¿por qué no templais ahora el ardor de ese fuego cruel? Y vos, Señor, ¿cómo no vengais la soberbia de vuestros enemigos, y dejais así padecer á vuestros siervos? ¿Por qué permitís que se tributen honores á unas divinidades inanimadas, como si tuvieran poder para perder á vuestros mártires, y que se blasfeme de vuestro santo nombre, como si no fuerais Dios de las venganzas?

Pero ¿qué es lo que digo? ¿A dónde va á precipitarme mi compasion? Ah! Adoremos la sabiduría de un Dios santo que quiere ser glorificado por medio de los dolores: porque solamente al demonio corresponde ser glorificado por medio de la sensualidad. Admiremos la constancia de un mártir protegido de Dios; y si contemplamos la violencia de sus tormentos, sea solamente para admirar su valor y para imitar su fe.

Ved ahí, señores, un santo que no se cansa de padecer, aunque los verdugos se cansen de atormentarle; que conserva toda la libertad de su espíritu y toda la tranquilidad de su alma para burlarse del tirano que le atormenta, para alabar la misericordia de Dios que le conforta, y para regocijarse en los padecimientos que son la corona de su triunfo. ¿Qué objeto de mayor consuelo para nosotros, católicos, que la invencible fe de un cristiano que sufre la violencia de un fuego abrasador sin perder la paz de su alma; que viendo ya su cuerpo tostado por un lado, pide que le vuelvan del otro; que convida tranquilamente al inhumano juez á que coma de su carne; y que mira los excesos de su crueldad con mas gusto que hubiera mirado los efectos de su compasion? En este triste estado halla la fe de Lorenzo su mayor consuelo, y en él descansa su amor; su corazon se conserva vivo en medio de tan cruel martirio, porque le anima la caridad; su espíritu solo piensa en la felicidad que le espera; ofrece á Jesucristo sus dolores y á Dios su agradecimiento; finalmente padece con paz y alegría, porque padece mas de lo que hasta entónces habia padecido hombre alguno, y aun mas de lo que parece puede padecer.

A vista de tan gran triunfo, no me admira, señores, que la sangre de este ilustre mártir haya pasado á otras venas, y se haya renovado en la persona de un Roman y de un Hipólito; no me asombra que el glorioso suplicio de este héroe haya sido admirado como el mayor esfuerzo de las potestades del infierno, y como seguro presagio de la decadencia de su imperio.

Porque ¿cómo era posible, oh Dios mio, que los infieles no vieran en un ejemplar tan extraordinario una prueba visible de nuestra fe, y un poderoso motivo para su conversion? ¿Cómo podrian ménos de confesar á vista de tan bárbaro espectáculo, que solamente el demonio puede inspirar una crueldad tan monstruosa, y que solamente el verdadero Dios es capaz de comunicar á sus siervos tan singular constancia?

Tampoco me maravilla que el fuego que consumió el cuerpo de Lorenzo alumbrase los corazones de los infieles: lo que me admira es que este fuego se haya apagado para nosotros; que haya tanta tibieza y tanta corrupcion entre los cristianos, y que seamos ménos fieles á Dios, porque ahora nos cuesta ménos trabajo el servirle. Parece, señores, que hoy tiene el mundo la misma aversion á la virtud que tenia antiguamente á la fe. Parece que el vicio ha sucedido en el imperio al error, y que los pecadores ocupan el lugar de los paganos. Si Jesucristo tenia muchos siervos en los primeros tiempos, porque habia muy pocos cristianos que no fueran santos, el demonio no tiene hoy ménos sectarios que entónces, porque hay muy pocos santos entre tan gran número de cristianos. No sé si la paz es mas saludable á la iglesia que la persecucion: si debe alegrarse de la tranquilidad que al presente goza, pues ve á tantos cristianos entregados á un funesto reposo, ó desear las pasadas aflicciones que la proporcionaban tantas coronas en los triunfos de sus hijos. No sé si era ménos feliz en aquellos días en que expuesta á la violencia de sus perseguidores, resplandecia con la santidad de sus hijos, ó si es mas triste para ella el presente siglo en que se ve afrentada con sus desórdenes, al tiempo mismo que reina su fe bajo la proteccion de los príncipes. Oh tiempo de tribulacion! ¿por qué no has durado siempre? Oh tiempo de inocencia! por qué te acabaste tan presto?

Nosotros principalmente á quienes la gracia llamó al santo ministerio, nosotros que elegimos al Señor para patrimonio nuestro, estamos mas obligados á mantener el honor de la religion con nuestra fidelidad en el desempeño de nuestras obligaciones. Así como los israelitas al ver el segundo templo no pudieron dejar de echar ménos la gloria del primero, tampoco nosotros podremos recordar las antiguas costumbres de los cristianos, sin llorar amargamente la relajacion que vemos en nuestros días. Pero esta misma relajacion debe alentar nuestro

fervor y nuestro celo. He aquí lo que exige la santidad de nuestro estado. Nos hallamos mas particularmente alistados en la milicia de Jesucristo para que trabajemos por su gloria. Hemos sido educados en el seno de la iglesia, para que algun día llegásemos á ser dignos ministros suyos. Así que debemos hacer revivir á vista de los fieles las virtudes de nuestro glorioso levita y protector, para que en nuestro ejemplo aprendan la idea que deben formar del nombre cristiano. Seamos pruebas vivas de nuestra santa religion por nuestro fervor é inocencia; y animados de aquel espíritu de fortaleza que en él resplandeció, imitemos del modo posible su valor en defender nuestra fe.

Y vosotros, fieles, ¿no os avergonzaréis de afrentar con vuestras costumbres el santo nombre que os distingue de los demas pueblos de la tierra? ¿Desconocereis la obligacion en que os hallais de mantener la dignidad de este nombre con vuestra vida pura y morigerada? El honor de la religion es un depósito que está en las manos de todos los que la profesan, del que se les pedirá muy estrecha cuenta. Es obligacion comun á todos los cristianos el animarse mutuamente á la virtud, y evitar los escándalos, de modo que estos sean tan raros como entre los primeros fieles. Bien así como hay en la iglesia una tradicion de sana doctrina, debe haber tambien una sucesion de costumbres santas. Las leyes del Evangelio no obligan ménos por ser mas antiguas, ni puede prescribir contra ellas la relajacion que se ha introducido entre nosotros. Verdad es que no todos son llamados como Lorenzo á la perfeccion del estado eclesiástico, ni á dar testimonio de su fe á costa de su sangre; es verdad que ya por la misericordia del Señor no estamos en tiempo de sufrir injustas persecuciones por conservar la fe; pero, como dice el Apóstol, siempre somos una estirpe escogida, una nacion santa, y un pueblo conquistado con la sangre de Jesucristo; y estos gloriosos títulos nos dan á entender que somos llamados á ser santos en este mundo, para poder ser eternamente felices en la gloria.

SERMON

DE SAN LORENZO MÁRTIR.

(DE LÁZARO GARCÍA.)

EN SAN LORENZO SE NOS MANIFIESTAN LOS MEDIOS PARA
LLEGAR Á LA VERDADERA GRANDEZA.

Si quis mihi ministraverit, honorificabit eum Pater meus.

El que me sirva á mí, será honrado por mi Padre.

S. Juan, c. 12. v. 26.

Por todo el mundo cristiano está extendida la gloria y en todas partes se recuerdan con aplauso los triunfos del esclarecido mártir san Lorenzo. ¿Qué podré yo decir en este dia destinado por la iglesia á solemnizar su memoria, y cómo he podido atreverme á ocupar un puesto y desempeñar un encargo que tan dignamente han ocupado y desempeñado los mas ilustres doctores y santos, y los mismos soberanos pontífices? ¿Qué diré del que siendo humilde, desconocido y despreciable á sus ojos mientras vivió en su cuerpo, ha extendido por todas las iglesias del mundo el suave olor de su nobleza y magnanimidad despues que fué despedazado por los tormentos y abrasado por las llamas, como dice san Ambrosio? ¿Qué diré de este héroe esclarecido de nuestra religion y nuestra patria, á quien los suplicios y tormentos hicieron tan célebre, tan conocido, tan admirable y tan venerado en todo el mundo, y cuyas alabanzas se han publicado por los hombres mas sabios y piadosos de todos los siglos?

El implacable tirano lleno de desesperacion y de envidia procuraba sepultar entre las sombras de una noche las obras prodigiosas, la constancia y alegría de san Lorenzo en los tormen-